

40052855

Carmenza Kline

## Plenilunio y los cuestionamientos existenciales de Antonio Muñoz Molina

 in lugar a dudas, uno de los mejores novelistas dentro del actual ámbito literario español es Antonio Muñoz Molina (nacido en Úbeda, Jaén, en 1956). Su estilo atrae tanto por la intensidad como por la naturalidad con que presenta los diferentes personajes y temas. Esto y muchas cosas más han hecho la obra de este escritor acreedora de varios de los premios literarios más importantes de la narrativa española.

Los personajes de sus obras son presentados como figuras fuertes, envueltos en el ámbito del misterio. No pueden negar la influencia del pueblo natal del escritor y de sus propias percepciones tanto del entorno como de los recuerdos dejados por aquellas historias contadas por sus familiares o las gentes del pueblo reunidas en el café en medio de las cuales Muñoz Molina creció y se desarrolló como escritor: "Se juntaba con sus amigos de la calle y se inventaba historias para ellos o les contaba las novelas que solía leer"<sup>1</sup>.

Cuando salió de su pueblo, se fue a Madrid para estudiar periodismo. Más tarde hizo su carrera de Historia del Arte en Granada y allí, desde mayo de 1982 hasta mediados de 1983, publicó una serie de artículos en el *Diario de Granada* en los cuales mostraba su sensibilidad literaria y se advertía que conscientemente se estaba preparando para ser un gran novelista. En uno de sus artículos nos dice:

---

1 Manuel María MORALES CUESTA, *La voz narrativa de Antonio Muñoz Molina* (Barcelona: Octaedro, 1996), p. 17.

La mejor literatura de la modernidad la han escrito grandes robinsones urbanos como Thomas de Quincey, Edgar Allan Poe o Charles Baudelaire, [...] considerados auténticas “flores del mal” por la sociedad convencional, que suele ver con malos ojos a los náufragos de la ciudad [cuando] es hermoso refugiarse en la biblioteca de Nautilus [...] y elegir un libro para rendirse a él con su denotado fervor [sin] que se escuchen las campanadas de los relojes y nada suceda, sino las palabras y las aventuras que desde el otro mundo nos está contando un desconocido [...]. Basta tenerlos, saberlos dóciles al recuerdo o al gesto de la mano detenida en el aire que escoge un volumen o simplemente comprueba que siguen en su lugar exacto, basta percibir el orden y el numeroso silencio y oler el aire que los libros habitan. [Éstos] tienen la misma quietud que la sala de los museos cuando se cierran las puertas y los personajes de los cuadros [...] quedan mirándose entre sí, [...] cotidianamente nos acompañan y nos miran en la oscuridad y en las noches [...] suelen agrandar su presencia<sup>2</sup>.

En sus novelas, la suma de metáforas, el lenguaje bien escogido, los adjetivos en serie y una perfecta elección de las palabras dan lugar a una sugestiva prosa poética que abre paso a diferentes temas de profundo sentido, con seres marginados que se debaten en sus propias miserias, personajes enigmáticos, entre irónicos y trascendentes, que juegan el juego de la aventura y del misterio. En la obra de Muñoz Molina, los temas siempre aparecen con la intención de un acercamiento puntual a la realidad. Es el caso de su novela *Plenilunio* (Madrid: Alfaguara, 1997), en que se relata un caso criminal y una peligrosa investigación. Su trama no es tan sencilla, porque en ella se mezclan aquellos problemas que la sociedad española tiene que vivir a diario, como el terrorismo en el país Vasco, la vida rápida y la violencia urbana —un tema universal, aunque el escritor la enfoque en una sociedad determinada, porque hoy en día es considerada algo inevitable en casi todas las ciudades del mundo—.

Tenemos que mantener presente que, si bien en *Plenilunio* encontramos aspectos concretos de la realidad que llevan a recordarnos la novela social de los años cincuenta, también nos ofrece una prosa poética, una visión poética de la existencia, un esfuerzo a través de la memoria que hace que los personajes ahonden en sus propias raíces, que miren sobre su pasado y traten de reflexionar sobre el destino del ser humano y la libertad regida por la moral:

---

2 *Ibid.*, p. 19.

Uno escribe para combatir el olvido, para rescatar en las palabras el tiempo gastado por los relojes, pero sucede, y es ahí donde la aventura empieza, que hay un instante en que la línea recta de la máquina de escribir desciende, como hilo de Ariadna, a regiones no iluminadas por la conciencia, y revela paisajes donde la memoria sumergida se confunde con todos los sueños que no fueron recordados al despertar. Como en un viaje al centro de la Tierra, quien indaga en sí mismo para escribir encuentra océanos sepultados y selvas de las que nunca le dio noticia su razón<sup>3</sup>.

En la última novela de Muñoz Molina encontramos planteamientos existenciales escondidos dentro de una narrativa criminal, sobre la cual dice Salvador Vázquez de Parga que, si bien aún existe en España un desprecio hacia esta clase de literatura y hacia la novela policiaca, es “un fenómeno literario de nuestra época que ha calado hondo en la sociedad contemporánea”<sup>4</sup>. *Plenilunio* es el vivo retrato de unos caracteres que incomodan a la gente de bien y le recuerdan a cada momento que la vida no es fácil; son grupos de personas que no conocen la dignidad humana y no tratan de buscarla porque en el fondo saben que no pueden conseguirla, seres que viven al otro lado de la ciudad y se mueven en círculos concéntricos alrededor de su propia supervivencia.

Lo que el escritor hace, entonces, es dar cuenta de una condición humana degradada, si se quiere, pero perenne. Así la novela se convierte en una reflexión sobre el ser humano y su dualidad. El novelista despliega su concepción de la sociedad en una forma detallada, minuciosa y exhaustiva, con todos los matices, los ambientes y las ideas que la conforman, aprovechando los mecanismos de intervención crítica que en la narrativa española han existido desde el franquismo, sin que falten las marcas irónicas. Sobre este enlace entre realidad y ficción, Muñoz Molina afirma:

Seleccionamos ciertos rasgos de una persona real para convertirla en una figura de novela, añadiéndole datos y circunstancias inventados que no se suponen a su biografía verdadera para esconderla, sino que la convierten en otra vida de una cualidad y de un orden diferente. Vulneramos la materia para darle una forma<sup>5</sup>.

3 *Ibid.*, p. 29.

4 Salvador VÁZQUEZ DE PARGA, *La novela policiaca en España* (Barcelona: Ronsel, 1993), p. 9.

5 Antonio MUÑOZ MOLINA, *La realidad de la ficción* (Sevilla: Renacimiento, 1993), p. 39.

En *Plenilunio*, el personaje del inspector se nos presenta en un comienzo con características casi de superhombre, rígido e invencible. Se dedica a resolver un enigma criminal, y su ideal es que “pudiera descubrirse la culpa sin vacilación, tan sólo escrutándola, igual que reconocen los médicos los signos de una enfermedad acercándoles una linterna diminuta”<sup>6</sup>. Pero muy pronto esos rasgos suyos desaparecen una vez que el padre Orduña nos da a conocer su otra cara, aquella que el anciano sacerdote define como de desamparo, rencor, vergüenza, incluso de odio, “odio constante y secreto al internado y a todo lo que había en él, y también al mundo exterior” (9-10). Es una segunda imagen que al lector le causa sorpresa, aunque estos dos rostros se fundan en uno, el de un personaje con sentimientos que se mezclan y se diluyen sin unas reglas fijas que ayuden a manejarlos.

Muñoz Molina crea mundos de falsas apariencias, haciéndonos recordar el estilo de Borges, “autor éste del que sabe imitar también, aunque de forma dosificada, sus procacidades y audacias, muy útiles para conseguir que la novela se escape de la rigidez y la excesiva gravedad a que nos tienen acostumbrados muchos de los autores actuales”<sup>7</sup>. El interés de *Plenilunio* va más allá de saber quién es el criminal y cómo se lo pone preso para imponer justicia. Como ya dijimos, hay una serie de planteamientos existenciales que surgen de la angustia interior de los personajes. Tras conocer sus culpas y fracasos, sus deseos y tormentos, sus propios secretos y, por supuesto, su propia soledad, surge la pregunta: ¿qué derecho existe para juzgar a los demás? Sabiamente lo dice el padre Orduña: “¿Quién soy yo para juzgar o perdonar lo que vienen a contarme... qué puedo saber sobre sus propios deseos o tormentos?” (384).

El narrador reconstruye con morosidad no sólo los percances del sumario sino también aquellas escenas que permiten fijar el espacio donde ocurren los hechos: una ciudad deshumanizada, llena de figuras solitarias que al salir de sus trabajos conducen sin un rumbo determinado, cruzan los andenes con cautela o parece que huyen cuando doblan “las esquinas de los callejones” (839). Por esas calles circulan las prostitutas, los drogadictos, los muchachos que se anuncian en revistas o periódicos, los que buscan esa “hora de adulterio o de lujuria pagada con tarjeta de crédito [...], con la presencia clandestina de un virus, de un remordimiento, de una enfermedad” (33).

---

6 Antonio MUÑOZ MOLINA, *Plenilunio* (Madrid: Alfaguara, 1997), p. 9. Todas las citas correspondientes a esta novela remiten a esta edición.

7 Manuel María MORALES CUESTA, *op. cit.*, pp. 33-34.

Éste es el escenario en donde se mueven los personajes y por cuyas calles el inspector deambula pensando que nadie más que la niña Fátima, la víctima del crimen, puede entender el terror y el sufrimiento infligidos por las manos de un criminal.

Afin al compromiso de que la literatura debe responder a la sociedad del momento, en este caso la española, Muñoz Molina nos confronta con el sensacionalismo de los medios de comunicación, interesados en el crimen de Fátima sólo por ser la víctima una menor de edad. Nos encontramos con las cámaras y los equipos de noticias que acosan la familia de la niña. Con gran habilidad, al mismo tiempo que presenta las escenas dentro del hogar, el novelista introduce en la narración voces del ámbito público, como si concertase los sonidos de una sinfonía. Desafortunadamente, el interés tanto de los periódicos como de la radio y la televisión se desvanece con el transcurso de los días y las noticias se canalizan hacia otros hechos: “los reporteros comenzaron a desaparecer con el mismo estrépito de pájaros migratorios con que habían llegado, y al cabo de una semana las noticias sobre nuevos rumores o pistas habían desaparecido de los telediarios y de las primeras páginas” (44).

En *La novela policiaca en España*, Vázquez de Parga asevera que los distintos momentos históricos del país han condicionado su recepción y que en los últimos años se percibe una tendencia a dignificar el género debido a los cambios profundos en las circunstancias sociales y en el criterio de las editoriales<sup>8</sup>. *Plenilunio*, si bien puede ser catalogada como novela policiaca, supera esta clasificación por cuanto nos interesa menos en la solución del caso que en los vínculos de los distintos personajes —entre el inspector y Susana, entre Susana y Ferreras o entre el inspector y su esposa—, sin dejar a un lado los motivos del mismo criminal, a través de sus propias voces. El narrador, los personajes y el lector se hacen partícipes de la soledad y la inseguridad de la ciudad y así comparten su soledad y su inseguridad interiores.

El crimen lleva al encuentro fortuito de dos seres fracasados en sus matrimonios y sus universos personales: Susana, engañada por su exmarido, y el inspector, a cuya vida le faltan emociones y cuya esposa está recluida en el sanatorio. Después de su primera cita para cenar en el restaurante La Isla de Cuba, se enamoran y piensan que hallarán juntos la felicidad, que su soledad terminará gracias a sus encuentros, y éstos se convierten para ellos en parte imprescindible de su cotidianidad. El inspector, que al comienzo se muestra tan duro, inflexible e inquebrantable, busca, una vez

---

8 Salvador VÁZQUEZ DE PARGA, *op. cit.*, p. 11.

que está con Susana, “acomodarse de costado al abrazo de una mujer que lo trataba con delicadeza y se apretaba contra él” (322).

Si bien Muñoz Molina consigue que el lector se adentre en los hogares de Fátima, de Paula y del criminal, se detiene más en el de Susana y el del inspector, cuyo enamoramiento le sirve para abordar, junto con el asesinato de Fátima, dos de sus temas recurrentes, el amor y la muerte, con todos los avatares que entrañan.

Tanto la poesía como la música aparecen en diversos episodios de la vida de Susana: le gustan los poemas de Pablo Neruda, Antonio Machado o César Vallejo, y tiene una especial disposición para recordar momentos de su vida cuando escucha cierta música, en especial las canciones de Ella Fitzgerald, Paul Simon, Kurt Weill o *The Pretenders*. El discurso de la música se convierte en una especie de código para enunciar diversas realidades internas de Susana. Cada vez que las canciones le traen recuerdos, Susana los cuenta al inspector, buscando tener con él la comunicación que anteriormente no pudo lograr. Los mensajes que ella encuentra tanto en la poesía como en la música son motivo de diálogo entre los enamorados. Procuran mezclar las cosas que se cuentan de sus vidas reales con el lenguaje musical y poético. Aparentemente se comprenden y sienten una mutua dependencia.

Podemos decir que en *Plenilunio* el manejo del tiempo es magistral. El sucederse de los días es parsimonioso y los acontecimientos más insignificantes se registran como los más importantes. Susana Grey reconoce el “paso traicionero del tiempo [...], el fatalismo del tedio y el envejecimiento” (87). Cuando cumple treinta y siete años advierte qué cosas la afectan: la belleza o la fealdad de ciertos lugares y algunos aspectos de su intimidad conyugal, como “descubrir que su marido no solía vaciar la cisterna después de orinar” (92), lo cual la molesta en igual magnitud que reconocer su soledad, tanto interior como exterior, o saber que su hijo está enfermo. Susana se esfuerza por recordar ciertos episodios, analizarlos y ahondar en sus raíces, para poder aceptarlos. Por ejemplo, concluye que está bien que su marido la haya dejado para irse con la amiga de Ferraras y reconoce, en un balance, que su matrimonio le dio alguna felicidad, como la infancia de su hijo Pablo, aunque todo haya cambiado luego, porque éste prefiere irse con su padre y la abandona:

Y ahora que tiene catorce años ha decidido que yo no le comprendo y que no le gusta la vida que le doy, que soy autoritaria, que le exijo demasiado, que de ahora en adelante quiere vivir con su padre. Debe ser su héroe, su gran colega, me imagino el muy cabrón, que nunca ha tenido que darle una orden ni que repetirle diez veces

que haga los deberes, el padre amigo, el comprometido, el atormentado, ha esperado diez años para quitarme también a mi hijo [240–241].

En cuanto al tiempo histórico, en cuyo ámbito los personajes aspiran a fijarse su propio destino, se lo delimita por el recuerdo de la guerra española o con referencias a personajes involucrados en movimientos revolucionarios del siglo XX —Marx, Stalin, Fidel Castro o el Che Guevara— y se lo recrea con menciones de escritores de distintas épocas, como Quevedo, Machado, Camus, Neruda o Vallejo —que nos han dejado un gran legado, no sólo por la belleza de sus obras sino también por su contenido—, pues con ellos bien podemos sostener un diálogo, como lo reconoce el personaje Ferreras: “Me entiendo mucho mejor con los muertos, por ejemplo con Albert Camus, o con Quevedo, que es todavía un muerto más antiguo. Yo digo como él que vivo en conversación con los difuntos” [167]—. El deseo de situar a estos personajes en el presente nos conduce al advenimiento de la simultaneidad, al mito, al concepto circular del tiempo: desde el presente se mira hacia atrás, se rememora un pasado, en una proyección de los sueños, las aspiraciones y los esfuerzos que ellos asumieron en su afán por construirse un mundo y forjarse una identidad, una autoconciencia.

En cinco capítulos de esta novela se relata quién es el criminal. Se trata de un hombre joven que trabaja en la pescadería del mercado, cuya voz “educada y suave” contrasta con sus manos “grandes, rojas y fuertes”. En su lugar de trabajo no se siente a gusto, lo molesta

[...] el espectáculo turbulento y monótono de todos los días, los vendedores de los puestos, detrás de las pilas de verduras o de frutas, de la abundancia obscena de los pescados y las carnes, el ruido de las voces de las mujeres, los gritos de los descargadores, los alaridos tremendos de los pescadores [77].

El lector se familiariza con los deseos y los miedos de este personaje sin nombre e incluso llega a saber que su película preferida era *El silencio de los corderos*. Ese individuo no siente respeto por los ancianos; para él, las personas viejas no mueren “ni a tiros ni las bombas los matan” (211). El rechazo que siente hacia su madre y en general hacia todas las mujeres muestra su carácter negativo y enfermizo. Para huir de sus angustias y excitar su violencia recurre al alcohol. Después del trabajo escapa de su barrio y deambula por las calles llenas de escaparates con luces, refugiándose en “los videoclubs, los bares de *top-less*, la vida de verdad” (211). Sus manos, im-

pregnadas con el olor del pescado, disfrutan deslizándose sobre la dureza del metal de su navaja, que guarda en el bolsillo derecho de sus pantalones vaqueros. Con esa arma logra amedrentar a sus víctimas en los bares y comete el peor de los crímenes: la violación de una niña.

La violencia que este criminal lleva adentro es como un cáncer que lo devora, que lo carcome rápidamente. Ya le resulta imposible lograr una interacción social: por el contrario, su misión en la vida es buscar la desestabilización de la sociedad. No le importa que gente buena sufra, como los padres de Paula y Fátima. Los elementos discursivos en la novela nos presentan una progresiva deshumanización, la crueldad en que vive nuestra sociedad actual: “Alguien ha asesinado a una niña y quizás ve la noticia del crimen en la televisión, durante la cena familiar, y no acaba de reconocer la cara de su víctima en las fotografías que publica el periódico” (168). En *Plenilunio*, hombres y mujeres nos recuerdan la incertidumbre de la vida en cualquier ciudad del mundo.

En resumen, podemos decir que nos encontramos con una obra de grandes valores estilísticos en que el autor, con un uso deslumbrante del lenguaje, nos cuenta diversas experiencias vitales que con fuerza son traspasadas a la ficción y se confunden en muchas ocasiones con la vida real. Muñoz Molina nos demuestra una vez más que la buena literatura se hace con experiencias tomadas de la realidad y que la literatura es todo lo que nos rodea observado con detenimiento y sobriedad. En *Plenilunio* encontramos una serie de reflexiones sobre el destino del ser humano, sobre su moral y su libertad: en un ambiente inhóspito, cada uno de los personajes busca un espacio y un tiempo para disfrutar las cosas que pueden traer la felicidad efímera antes de ser invadidos por intrusos como este criminal carcomido por la violencia.

Muñoz Molina nos muestra que el mundo es un caos en que el hombre se siente perdido, que la vida es difícil por la mezcla indistinta de los sentimientos humanos sin la existencia de reglas fijas que le den sentido. El lector familiarizado con la literatura de Jorge Luis Borges percibe en esta novela ecos del autor argentino por sus diferentes ambientes de falsas apariencias. A través de un caso policial, el novelista español nos lleva a un complejo laberinto cuyo mejor ejemplo es la biblioteca del padre Orduña, con sus “volúmenes de teología y de marxismo-leninismo, pasionales debates olvidados sobre la fe y el compromiso, sobre el Hombre, la sociedad y la Trascendencia” (24). Como si este laberinto de los libros no fuera suficiente, el sabio y anciano sacerdote Orduña nos recuerda otros factores que contribuyen a que el hombre se sienta en conflicto: los cambios de la vida moderna, por ejemplo, pues las cosas que

nos rodean no son aquellas con las que crecimos y hasta el café con leche proletario es hoy “Nescafé descafeinado y leche condensada” (124). Las formas de la realidad o de la mente son laberintos de hechos o alegorías que corresponden a una cosmovisión y cuya salida vislumbramos al final de la novela cuando en unos pocos segundos el inspector puede comunicarnos lo que se siente ante la “inminencia de la muerte”:

El inspector oyó el grito, y en una burbuja lentísima de tiempo alojada en el interior de unas décimas de segundo [...] pensó con estupor, con inesperada tranquilidad (así que ésta era la cara del que iba a matarme), y en el interior de ese segundo que no llegaba a terminar comprendió que la verdadera sensación de la inminencia de la muerte sólo puede conocerla quien está a punto de morir, que ninguna otra sensación en la vida se le parece o la anuncia: la calma, el asombro, la silenciosa detención del tiempo [483-484].

### Bibliografía

- MORALES CUESTA, Manuel María. *La narrativa de Antonio Muñoz Molina* (Barcelona: Octaedro, 1996).
- MUÑOZ MOLINA, Antonio. *Plenilunio* (Madrid: Santillana, 1997).
- VÁZQUEZ DE PARGA, Salvador. *La novela policiaca en España* (Barcelona: Ronsel, 1993).